

IDENTIDAD CHILENA

(NOMBRANDO SUS ESPACIOS, RECODOS Y OLVIDOS)^{1***}

En el fondo de América sin nombre / estaba Arauco entre las aguas (P. Neruda).

Dr. Luis Rubilar Solís
Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
Santiago, Chile.
luruso@vtr.net

Preámbulo

En el discurso contenido en los Objetivos Fundamentales y Contenidos mínimos obligatorios del sistema educacional chileno, en sus distintos niveles y sectores, destacan múltiples enunciados referidos a la cultura de pertenencia y autoestima (Ed. Parvularia, Mineduc, 2001), a la promoción de valores e ideales nacionalmente compartidos, señalándose explícitamente como objetivo transversal: “reconocer y valorar las bases de la identidad nacional en un mundo cada vez más globalizado e interdependiente” (Ed. Básica, Mineduc, 2002), y en fin, el de “conocer y valorar los actores, la historia, las tradiciones, los símbolos, el patrimonio territorial y cultural de la nación” (Ed. Media, Mineduc, 1998). Al margen que determinados sectores curriculares (Lenguaje y comunicación, Historia y Ciencias Sociales, u otros) se centren más en tales objetivos, en tanto ellos son ‘transversales’ obligan a que la formación social y psicoeducativa y el perfil de egreso del estudiante de Pedagogía contemple un andamiaje teórico-práctico mínimo que le permita ejercer con propiedad su rol docente y un liderazgo comunitario actualizado y contextualizado en el marco de la realidad nacional. Con mayor pertinencia ya que estamos en las puertas del Bicentenario republicano.

Sabido es que, en forma diacrónica, la historia oficial se ha focalizado en representar la identidad nacional a través de efemérides, principalmente castrenses, y según la óptica de las clases dirigentes, obviando la presencia de la civilidad y la cultura, de los artistas y escritores, y aún más, la que corresponde al pueblo y sus expresiones cotidianas. De algún modo, como dice Eduardo Galeano respecto a América Latina (1992), es una historia escrita por ‘machos, blancos, ricos y militares’, por tanto, discriminatoria respecto a la mujer, a los indígenas y mestizos, a los pobres y a los civiles. Tal ha sido y, en alto grado, sigue siendo sincrónicamente la ‘enseñanza de la historia’ y de los modos comunicacionales propios del pueblo chileno en estos años. Por ello, intentando enhebrar hilos olvidados, rescatar amnesias inducidas, nombrar palabras y cifras reprimidas y rescatar ausencias indebidas, para ir recomponiendo el tejido identitario histórico-cultural, entregamos estos aportes reflexivos, en particular, para quienes forman o serán formadores de la futura ciudadanía chilena.

1.- Raigambre mapuche de la identidad del pueblo chileno

La República de Chile cumplirá su Bicentenario el año 2010 como formación histórico-cultural, pero tierra, hombres y palabras se habían entramado desde hacía muchos siglos y milenios atrás (más de 10.000 años). Los descubridores europeos de esta zona, para ellos remota, fueron Hernando de Magallanes (1520) por el sur, y Diego de Almagro (1536) por el norte, y su conquistador y fundador

fue Pedro de Valdivia, quien echa las bases de la ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, en el cerro Huelén, el 12 de febrero de 1541.

Este territorio, habitado por más de un millón de nativos de distintos grupos (aymaras, diaguitas, atacameños, changos, mapuches, entre otros), ya recibía el nombre 'Chile' (o 'Chili') antes de la presencia española, derivado quizás de posibles atribuciones a un 'valle' (Aconcagua), al canto de un pájaro ('tril'), a la existencia de un río o, más probablemente, a la de un cacique ancestral.² Tiene, pues, la singularidad de ostentar como nombre propio 'nacional' un vocablo inédito en lengua castellana, de aquí su esquiva aceptación de un artículo preciso (el, la, o lo) o la unicidad de su adjetivación: chileno/a. En sus inicios como vocablo agregado al español aparece muy ligado, a veces confundido, con 'Arauco' ('araucano', de raghco = agua de greda). En las Cartas inaugurales (1545-1552), Pedro de Valdivia se refiere a esta 'tierra de guerra' -describiéndola-: "la buena tierra que es ésta, de buen temple, fructífera, abundosa e de sementeras e de mucha madera" (1955: 101) y en ellas aparecen por primera vez escritos ambos términos: "poblar estas de la Nueva Extremadura, llamadas primero Chili... (id: 17)... corrí hacia la mar en el paraje de Arauco (id.: 99). Dos años antes de morir (en su empeño) escribe sus propósitos: "en poblando en las provincias de Arauco" (id. 169).

Estas palabras bautismales en castellano serán recogidas y consagradas públicamente por Alonso de Ercilla en *La Araucana* (1569): "Chile fértil... / en la región Antártica famosa /... Es Chile norte sur de gran longura... / prolongado / hasta do el mar océano y chileno ... (1977: 4)... Es Arauco, que basta... (id.: 5)... don Diego de Almagro, adelantado... / a Chile caminó determinado... (id.: 13)... el de Valdivia... alcanzó en Arauco aquella gloria... toma de Chile la derecha vía... /... pisando la araucana y fértil tierra" (id.: 15).³

En estos escuetos extractos nombrando y caracterizando el espacio, construyendo su arquitectura semiótica castellana, se advierte ya la contaminación semántica 'Chile-Arauco' y sus atribuciones más notables: zona bélica, tierra fértil y pródiga, su angostura y longitud, el mar y la avizora ubicación 'antártica' (incorporada recién como territorio en 1834).

Pablo Neruda, consciente del poder creador de la palabra, llama a Ercilla el "inventor de Chile". Ignacio Delogu, en su comentario sobre *La Araucana* (en italiano) establece, desde esta perspectiva, un vínculo singular entre Ercilla y Neruda: "Esto de darle nombre a las cosas... justamente es una de las condiciones de la poesía de Pablo Neruda y que tiene su raíz en la obra de Alonso de Ercilla" (1979: 208).

Pero la significación que la obra de Ercilla ha tenido en el imaginario colectivo chileno ha sido destacada por otros notables críticos literarios. El principal, tal vez, el emancipador cultural don Andrés Bello: "La Araucana, la 'Eneida' de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos, cuya fundación ha sido inmortalizada por un poema épico" (1979: 346). Mariano Picón-Salas agrega: "La Araucana da a Chile un mito nacional, una aguerrida conciencia de estirpe, antes que sentimientos parecidos broten en otras comarcas americanas" (en Bello, A., 1957: XCIV). Finalmente, citamos las palabras con que termina su 'estudio preliminar' de *La Araucana*, E. Solar Correa: "Interesante tema para un estudio éste del influjo literario y social de Ercilla en Chile. Admira que aún no se haya emprendido. Tal vez no exista otro libro -libro literario- que haya ejercido un tan profundo y general ascendiente en la ideología de un pueblo" (1977: XXXIV).

El problema es que respecto a la obra y al sujeto colectivo que la protagoniza, el 'pueblo araucano', las opiniones están fuertemente divididas, imperando hasta ahora aquella que defiende los valores hispanos y eurocéntricos, que deprecian el impacto matricial de las culturas y lenguas originarias respecto al 'carácter social' y al idioma en América Latina (desde Cuervo y Bello hasta Solar Correa) y, por tanto, postergando las opiniones de quienes defienden la diversidad cultural y el valor de las culturas originarias (desde Lastarria y De la Barra hasta Bengoa). Esto resulta aun más complejo si advertimos que el término 'araucano' se utilizó hasta el siglo XIX, y recién en el XX se posicionan los propios de la cultura nominada como mapuche y su lengua el mapudungun (pensamos que esto sucede con la obra Ricardo Latcham).⁴ Respecto al impacto que el componente originario tuvo y

tiene en la configuración del 'chileno' existen numerosas fuentes documentales e investigaciones que lo avalan, a pesar de las 'negaciones' posteriores.⁵ Incluso el pedagogo e historiador de lo nuestro Domingo Amunátegui plantea que "La formación de la nacionalidad chilena es la historia de la guerra de Arauco...(y que)...sin la ayuda de los indígenas habría sido imposible la colonización del país" (1943: 16).

Aquellas negaciones u omisiones de la presencia y vigencia de las culturas originarias en el constructo nacional chileno no hacen sino confirmar lo que ha venido sucediendo en el ámbito más abarcador del referente supranacional, la identidad latinoamericana, ayer y hoy. Los cubanos Ortega y Peñate fundamentan bien que el 'imperialismo en lo cultural', en tanto ejercicio de la hegemonía de las sociedades de la dominación han producido la subestimación y suplantación del patrimonio de nuestros pueblos originarios (en Austin, R, Santiago, 2006: 3).

Angel Rosenblat, autor de 'el mestizaje en América' (1954) recurre a diversos testimonios para reforzar su tesis de que: "los chilenos no tienen nada de latinos. Nace allí un pueblo nuevo que tiene más de araucano que de español, por ser claramente el tipo araucano el que mejor corresponde a aquel paisaje (Conde Keyserling)";... "uno de los pueblos inconfundiblemente indígenas es el chileno, no por el aspecto físico, sino por lo psíquico y social" (L.A. Sánchez). Y remata: "los rasgos indígenas son evidentes en la noble fisonomía de Gabriela Mistral". Nosotros agregaríamos a Violeta Parra, Pablo Neruda o Pedro Aguirre Cerda, de quien dijera -a su vez- el poeta: "era el vivo retrato de Michimalonco".

Este sabio polaco-venezolano, filólogo y profesor del Instituto Pedagógico de Caracas, establece (basándose en los datos de L. Thayer) que, para 1810 en Chile, de sus 900.000 habitantes, el 20% era blanco y el 80% con sangre indígena. Al respecto, Rosenblat plantea en cuanto a Chile en su tiempo: "La mayor parte de la población chilena -algunos calculan que más del 80%- tiene ascendencia indígena lejana o próxima. La cuna de las clases populares en Chile está en el mestizaje" (1954, II: 118).

Según Alejandro Lipschutz (a quien Neruda considerara 'el hombre más importante de mi país'), en América Latina (y Chile) entonces (1810), más del 90% de la población era indígena y mestiza. Para la fecha de publicación de su obra sobre el 'indoamericanismo' (1944), entrega los siguientes porcentajes aproximados sobre Chile: mestizos, 65%, indígenas, 10%, y blancos, 25% (D. Brand). Junto con criticar lo que llama el porfiado intento de "blanquización" en Chile, comenta: "quien haya vivido en Chile no dudará del carácter indio de la gran mayoría de nuestro pueblo... una de las naciones más mestizadas de la América... para mí -dice- los indios y mestizos serían un porcentaje no menor al noventa por ciento de la población total" (48). Respecto a América Latina afirma: "La América Latina es una y su problema racial es el de los 140 millones de sus habitantes" (49).

No es casual que el tema de la 'población indígena', su cuantificación y significación en América Latina y en Chile, resulte un problema irresuelto. Las cifras en ambos casos resultan inciertas y hasta contradictorias. Sobre el colectivo aproximado de 40.000.000 de indígenas que poblaban nuestra América a la llegada de los españoles se fue produciendo un proceso de 'despoblación' (genocidio, guerras, hambre, epidemias), quedando reducido a mediados del siglo 20 en un 50%, es decir, unos 20.000.000. Esto, a su vez, queda compensado en parte por la propia proliferación (fertilidad) indígena, así como su irradiación etnocultural en el continente a través del 'mestizaje'. Sobre una población de 135.000.000 de latinoamericanos, Lipschutz calcula que unos 75.000.000, es decir, sobre un 55% está constituida por indígenas y mestizos (sin incluir unos 30.000.000 de negros y mulatos). Pero, en general, las cifras son engañosas y de escasa confiabilidad.

Basándonos en distintas referencias (en particular, A. Rosenblat, 1954) y circunscribiéndonos a Chile, señalamos como indicadores los siguientes:

1492: se señala una población entre 600.000 y 1.000.000, o más (L. Thayer, D. Amunátegui, J.T. Medina, F.A. Encina, R. Latcham, L. Vitale);

1570: 600.000 (97% del total de habitantes: 620.000)

1650: 520.000 (94,5% del total de habitantes: 550.000)

1920 (L.Thayer): 100.000, más 2.400.000 mestizos (total: 2.500.000: 82%).

1940: 150.000 a 440.000; total 2.650.000 (incluidos mestizos): 53%.

1950: total 3.050.000 (incluidos mestizos): 53%.

Paradójicamente lo que señalan los estudios actuales sobre la población indígena en Chile, recicla las cifras atribuidas al inicio de la Conquista: entre 800.000 y 1.000.000 habitantes. El primer catastro estadístico y oficial sobre la materia lo constituyó el Censo Poblacional de 1992. Sobre un total de 13.348.401 habitantes, 998.000 (un millón, 7,5%) se autoadscribe a culturas indígenas (mayores de 14 años), y 927.000 como mapuches (93%). Si se agrega el tramo de 0-13 años, podemos proyectar una población cultural mapuche autoadsrita del orden del 11% de la población chilena, muy superior al millón de personas.

También paradójicamente, en el Censo-2002, sobre una población chilena de 15.116.435 habitantes, se reconocen (pertenencia) como indígenas 699.000 personas (4,6%), y de ellas 604.349 como 'mapuches' (87,3%), es decir, el 3,84% del total nacional.

Según estos datos, el colectivo 'mapuche' se ha reducido en más de 300.000 personas: en el lapso de una década una tercera parte ha 'desaparecido'. El sociólogo Manuel Valdés (2005) ha intentado dar respuesta a este nada casual 'enigma', que no viene sino a confirmar lo que ha sucedido diacrónicamente en América Latina y Chile. Junto a factores socio-culturales (1992: '500 años'; 2002: 'crimilización' del conflicto mapuche), adjudica la diferencia de resultados a cuestiones metodológicas (índole de las preguntas, sesgos, etc.), lo cual no termina de justificar este asombroso 'etnocidio demográfico'. Porque, como él mismo expresa, aquí se formaliza la 'dialéctica de la negación del otro', más aún si estos datos son instrumentales para la acción político-social gubernamental. De tal ninguneamiento social y étnico no sólo da cuenta lo que Lipschutz denomina afán de 'blanquización', sino la negación de lo autóctono e indígena como actitud oficial en nuestro país, el arribismo y la sujeción a lo exógeno, en definitiva, la discriminación imperante. Ello explica, por ejemplo, que ese mismo año 2002, en el diario La Nación (4 de febrero) aparezca esta noticia: "32 mil mapuches quieren cambiar nombre y apellido... para evitar discriminación y encontrar empleo". Con ello no se hace sino formalizar lo que desde siglos atrás viene ocurriendo: el ocultamiento de apellidos indígenas tanto en las parroquias bautismales como en los registros civiles.

Sin embargo, paralelamente, en el imaginario social chileno se mantiene la conciencia de la raigambre originaria. En tal sentido, es destacable el hecho de que, en el capítulo 6 del Informe PNUD-Chile-2002 ('Nosotros los chilenos, un desafío cultural'), se destaque "la importancia de las etnias en el imaginario de los chilenos... como una base de la raíz cultural de la nacionalidad". Según la encuesta 2001, allí consignada, "el 71% de los chilenos se siente más cerca de la herencia cultural de los pueblos indígenas, y sólo el 25% de la de los pueblos extranjeros" (122-123). Esto viene a corroborar, en la actualidad, diversos postulados que, sobre la subjetividad social y la cultura chilena, han avanzado notables investigadores de nuestra realidad social, como Julio Pinto y Gabriel Salazar, quienes afirman:

"Hoy día -en Chile- ha crecido la conciencia acerca del necesario respeto a la diversidad cultural y el derecho de las etnias indígenas a vivir en paz y seguridad en sus tierras y fuera de ellas... Sin embargo, el indígena sigue inmerso en la marginalidad..." (II, 1999: 172).

Igualmente José Bengoa, en su 'Historia del pueblo mapuche', resume:

"Esta es una historia acerca de la intolerancia. Acerca de una sociedad que no soporta la existencia de gente diferente. De un país español, criollo, europeo, cristiano occidental, que se dice civilizado y trata de acabar con los bárbaros, los salvajes, los hombres que deambulaban libremente por las pampas y cordilleras del sur del continente. Ellos se defendieron del salvajismo civilizado... La historia de los que no aceptaron ha sido silenciada... Nuestro intento ha sido rescatar esa historia olvidada, negada,

silenciada por nuestras culturas intolerantes” (2000: 11). Así como en el país se confronta hoy una ambivalente pugna de valores, en este ámbito también se vive una actitud dual aunque, de algún modo, a pesar de los discursos y prácticas anti-indigenistas, ha pervivido la conciencia identitaria popular ligada a nuestros ancestros originarios, particularmente mapuches, ya que no se puede borrar así no más la historia y su ‘legado indígena’.

Desde el inicio de la guerra contra los españoles (Reinogüelén, 1536) hasta su fin formal (1882), durante 346 años se fue generando una agresiva fusión etnocultural a través de malones y raptos, en móviles y ubicuas fronteras (ver Amunátegui, D., op. cit.: 21 y ss.). De esta tricentaria gesta van a surgir ‘La Araucana’ (1569, A. de Ercilla), el ‘Arauco Domado’ (1596, P. de Oña) y el ‘Cautiverio feliz’ (1673, F. Núñez de Pineda y Bascuñán), así como muchas crónicas coloniales y republicanas. También recurrentes referencias al mestizaje por parte de nuestros historiadores y la inmensa mayoría de nuestros novelistas y poetas, encabezados por los nóbeles Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

2.- Voces distintivas del pueblo chileno

Las naciones, en tanto formaciones histórico-culturales, amalgaman en su proceso de construcción identitaria, modalidades específicas de comunicación, de expresiones e íconos pertinentes que las diferencian de las demás. Junto al bagaje común a la cultura occidental (derechos humanos, democracia, festividades cristianas) y el espacio simbólico que comparte con América Latina (chicha, taita, Andes, Bolívar), Chile ha acuñado términos e incoado modos de expresión y signos ‘distintivos’, en lo verbal y no-verbal, tanto explícitos como implícitos (criptogramas comunicacionales), que lo identifican y caracterizan como pueblo. Aquí consignaremos algunas de tales voces propias y estilos comunicacionales que tipifican el imaginario social chileno en distintas áreas de la vida cotidiana: lenguaje, gustos, personajes, mitos, instituciones, oficios, paisajes, ritos, comidas, etc.

En el campo de la comunicación oral, como comenta Darío Oses (2004), la ‘ch’ inicial ha desplegado un tremendo poder ya que los ‘chilenos’ tienden a ‘ceachearlo’ todo: “chicha, cacho, chancho, chacolí; por nuestra parte agregamos: púch’a, chuncho, chicoco, huacho, chiche, chonchi, cachar, chucha, achollonarse, colihuacho, chamal, chupilca, pulchén, choritos, chucao, chaucha”; incluso en los apodos, sigue Oses: “el Checho, la Chechi, el Lucho, el Chelo, la Charo, la Chela, el Cucho, el Moncho, el Pancho, el Carloncho”, etc. Nótese que al ‘ceacheo’ se antepone el artículo respectivo (‘el’, ‘la’), lo que viene a constituir otro rasgo constitutivo del trato coloquial chileno. Pero hay algo más: la pronunciación de la ‘ch’ la hace el chileno en forma especial: ‘cchhileno’, del mismo modo como acostumbra omitir letras o sílabas: “ca’né, caallero, ón, custión, onde, mot’e méi, macanúo...; agregarlas: emprestar, arrempujar, cirgüela, lamber, diferencia, dentrar, sandilla; o cambiarlas: güeno, po’h, v’a clariar, güe’ón, mesmo, tuavía, agora, ñebla, esreber, grabiela...⁶ Una frase-síntesis la entrega R. Oroz: “onde trompecé con un gallo” (1966: 33).

Otra nota distintiva es la tendencia a hablar en ‘chiquitito’ (diminutivo): “guagüita, puchicho, cafecito, cabrito, asadito, ñatito, momentito, negrita, poquito”, así como existen ciertos términos emblemáticos de chilenidad, reconocidos por los extranjeros (dentro y fuera): “al tiro, huevear, (no séai) roto, cachái (el mote), ‘igual’ hay copete, los pacos, cabritos, carrete, pololos, milico, hasta lueguito, chao pesc’ao, tói arranao, ya pús loco, atina, es ‘como’ difícil, soi chorito, ah!, quedarse pá’entro, pegarse un condoro”...

Tales arcaísmos, localismos e indigenismos ‘usados’ en el habla cotidiana del pueblo conforman un repertorio verbal peculiar, que se agrega al coloquial lenguaje de gestos y señales, cuyo criptograma comunicacional requiere de experiencia previa para poder ejercitarlo, al igual como sucede en los distintos dominios culturales (o naciones).

Como ejemplos interesantes respecto al lenguaje diferenciado y vulgar usado en Chile aludimos aquí a un disímil quinteto autores u obras que lo recogen fielmente en sus escritos. En primer lugar, tenemos el caso del máximo defensor del ‘castellano en Chile’, Andrés Bello, quien puesto en el trance

de escribir un poema con tinte nacional ('El Proscrito', 1844, inédito e inconcluso) se ve forzado a utilizar vocablos locales, tales como "huerta, choza, diuca, porotos, cóndor, charqui, mate, trilla, ají, rodeo, guazo, araucana, chacra, Maule, manta, Rancagua" (1979, 115 y ss.). Así justifica tal 'desvío' de su docta pluma: "Un 'caldo' es mal sonante en poesía; pero la exactitud es lo primero" (id.: 163).

Como antípoda, tenemos el caso de la cantautora y poetisa popular Violeta Parra en cuyas autobiográficas Décimas se expresa lisa y llanamente en lenguaje 'chileno': "Quemá está la sopaipilla... / ñato, petizo, taitita, conchón, naiden, mi paire, pica'o é viruela, el güeñe Juanito, p'al postre tenemos maqui, p'al cántaro y la chicha cru'a, ahijadito, pairinos, estrumento, cogote e' yegua, caliche, cochayuyo, chupalla, guata, rescoldo..." (1976).

En tercer lugar, la polémica novela de don Joaquín Edwards Bello, *El roto* (1920), en la cual narra la microhistoria de la 'casa de tolerancia' La Gloria ubicada por la Estación Central y la biografía de Esmeraldo Llanahue, alias El Chincol. De su contenido urbano y crítico-social (ed. 1996) extraemos vocablos y frases representativas del habla popular: "una bebida llamada Pájaro Verde (cárcel), La Violetita, el futre, qué chiquilla tan lesa!, la Quinta Normal, cazuela, el circo, miéchica, bochinche, el Sporting de Viña, nadien, doña Rosa, la Catita... / ¿Ya te vai otra vez? A ti te entró el pirigüín, dijo el Patae'Jaiba... Píllalo al tiro... / P'al Hospital. No. Palameda... / El chileno se hace feroz cuando no puede ladrar su viva Chile y tomar su tinto... / ... La cueca es una alegoría sexual y sanguínea de la fusión guerrera de dos razas. Por eso se siente resonar el tambor de Castilla y el chivateo de Arauco (59)... / El diario El Mercurio se ha tragado a Chile asimilando pura sangre chilena... El redactor jefe una vez entrado en años y en el diario, creyó que la democracia y la libertad eran utopías" (125).

Por su parte, el casi poeta popular Pablo de Rokha en sus *Grandes Poemas* (1969), junto a su enjundiosa 'Epopeya de las comidas y de las bebidas de Chile', nos regala este sabroso vocabulario por él utilizado, y como anexo: "ajjaco, arrollado, bailahuén, cachado, cachureo, cahuín, empaná caldúa, causeo, cochayuyo, coirón, chingana, choapino, chunchul, chupilca, gangocho, guaina, guata, hallulla, humita, lipiria, locro, longaniza, malón, matico, mistela, ñachi, pancutras, patagua, pellín, patate, peumo, pichanga, pilchas, pipeño, piure, poleo, quillay, quincha, remoler, rodeo, sopaipilla, tiuque, trilla a yegua, trutruca, ulpo, vihuela, yerbabuena".

Finalmente, escuchemos el habla en una conocida obra de teatro, *La negra Ester* (Roberto Parra - Andrés Pérez, 1996), en la cual se respira el singular aire chileno:

"Güen chancho... si es tan relinda la cabra / me pego el pique / chuica de enguindado / charquicito bien salado / la Juana - la Carmela / no te quedín en la huincha / terremoto de Chillán / M'estaba haciendo la cucha / Yo le chorié el sombrero / Güevón que te hai creído / me voy cortao / cazuela de ave con loco / s'echó el pollo / anteh que cante la diuca / por jil /no chicha ni limonada / 'Sánguche /chirimoyo / luca / on Jecho / huacho / botao / mijitah ricah / boche / ayayai / güelve / alaraco / maqui / zamba canuta / chucha / coscacho / curá como tagua (tenca) / gauchada...".

Por supuesto, este lenguaje popular está erradicado de las escuelas y, más aun, de la Academia, estableciéndose un hiato entre la cultura cotidiana y la cultura formal, que reproduce la hegemonía cultural decimonónica, la división de clases existente, y el arribismo que ha caracterizado a las capas medias y elites intelectuales en nuestro país.

El espacio chileno (como sucede en toda Latinoamérica) está transido de una semiótica que trasunta la impronta pluriétnica que conforma su población mayoritariamente mestiza; por una parte, palabras castellanas designando ciudades, ríos, minas, cerros... desde Santiago hasta La Serena o hasta Punta Arenas y la Antártica; por otra, la toponimia indígena, principalmente quechua y mapuche, semiotizando el espacio desde Arica e Iquique hasta Chiloé y Coihaique, y sus ríos como el Bío-Bío, sus cerros como el Tupungato, sus lagos como el Llanquihue, sus volcanes como el Llaima... Pueblos, esteros, barrios, montes, termas, caletas, parques, calles... ostentan el signo de los ancestros indígenas, incluida la propia designación del país nacional, como ya vimos. Y más allá del espacio geofísico, el espacio cultural y popular guarda las voces, los viejos símbolos colectivos,

que trasuntan el modo de ser del chileno. Incluso los iconos nacionales (su imaginario simbólico identificador) están representados en el escudo por el 'cóndor' y el 'huemul' y, como se aprende y se canta desde la escuela primaria o básica, el 'rojo' de la bandera significa "la sangre araucana que de dolor floreció". O. Plath, el infatigable investigador de nuestro folclor, a partir de sus experiencias, manifiesta que: "el pueblo chileno es un complejo mosaico en que se han incorporado, sobre una base indígena araucana, con mayor o menor fuerza, rasgos de la tradición indígena quechua y de la cultura hispánica" (1979: 5).

Sin embargo, la presencia y expresión de las culturas originarias ha sido formal y oficialmente negada y discriminada crónicamente en el país, en particular en el ámbito socio-económico, cultural y educacional, como ya consignamos, situación que se ha estado revirtiendo relativamente en los últimos años.

En la vorágine globalizante y mercantil en que se ha sumido el mundo, la imposición hegemónica del idioma del imperio (y su oculta ideología) amenaza no sólo la preservación de las culturas locales y étnicas, sino las propias nacionales. En Chile, tal situación se va instituyendo con la complicidad de los monopolizados medios de comunicación y de los gobernantes de turno, para quienes, por ejemplo, instalar (inconsultamente) el 'inglés' como segunda lengua se ha convertido en una meta oficial (Bicentenario) del MINEDUC (2004). Para entonces, evaluados por estándares yanquis, estaríamos hablando, pensando, soñando y defecando 'in english'. Un buen inicio fue la (re)presentación del 'iceberg' como símbolo en la Expo-Sevilla, 1992. Ya no nos asentaremos en identidad propia, pero estaremos okey en la fila de los fieles de la 'teología del mercado', como un país gerencial (S.A.) y gritaremos: '¡Long life, Chile, shit!'

3.- El territorio, los símbolos y el poder

Nacido como 'valle' y 'reino' aislado, con límites físicos bien definidos, alejado (*Finis Terrae*), pobre, pero con una naturaleza pródiga, variada y bella, en guerra permanente con los *mapuche* ('Frontera'), y más tarde, con España y con sus vecinos nortinos, podríamos decir que el origen y desarrollo del país estuvo signado por el tesón, el esfuerzo, el contacto y la valoración de la tierra, el progresivo mestizaje y la resistencia a la endoculturación por parte del pueblo mapuche.

Dialécticamente, y dada la insularidad territorial, se fue gestando tempranamente en Chile un creciente 'sentido de nacionalidad', como lo expresara, ya en 1646, en su 'Histórica relación del Reyno de Chile' el padre Alonso de Ovalle o, más decisivamente, por Núñez de Pineda, el 'cautivo feliz' de los mapuches, en 1673:

"Entre las causas principales que habemos insinuado para que nuestra patria, Chile... es una de ellas, sin duda, el que a gobernarla vengan forasteros, que son los que procuran y solventan sus mayores utilidades, desnudando a otros para vestirse a sí y a sus paniaguados... son los que menos caben y consumen a Chile, y lo van acabando a toda priesa, y a los habitantes despojándolos de sus bienes... para demandar que mudase rumbo... fuese saludable ante todo sea quien gobierne a su patria algún experimentado hijo de ella" (ed. 1863: 421).

Sentimiento 'patrio' cultivado luego, a través de la emergencia de personajes señeros, que plasmaron la 'independencia' y la gradual conformación socio-política 'republicana', de la ingente acción cultural a cargo de notables extranjeros y criollos, del ejercicio hegemónico de los gobiernos por representantes del poder económico local, siempre ligado a potencias foráneas y, en fin, del iterativo discurso y múltiples acciones político-culturales a cargo del Estado. Todo ello hizo posible que durante el siglo XIX se haya fortalecido como representación social, auto y heteroatribuida, la conciencia de una identidad 'chilena', como imaginario compartido por sus habitantes. Imaginario social fundado en la existencia de una tierra fecunda y multifacética y de unos habitantes singulares, ambos pilares testimoniados y contados por Valdivia (*Cartas*) y Ercilla (*La Araucana*) -ya aludidos-, a partir de los cuales, con el concurso disímil de los españoles, se irá creando y enlazando un espacio

social definido por símbolos representativos legitimados, como la bandera (1818) y el himno nacional (1847). Acontecimientos, fundaciones, hitos, fechas, mitos y ritos, actores sociales y personajes públicos, arquitecturas, ceremonias, costumbres, deportes, telenovelas, comidas, lugares, fiestas, folclor, religiosidad popular, modos comunicacionales verbales y no-verbales, conformaron un sincrético 'caldo de cultivo' en el cual se fue configurando la fisonomía de un pueblo distinto, con sello cultural propio y diferencial, desde el cual se expresaba como un colectivo con modos de ser, pensar y actuar, también propios y diferentes, todo comprimido en tanto "comunidad imaginada" (Anderson, 2000) en el sustantivo 'Chile' y su adjetivación: 'chileno'.

Tal inducida homogeneidad ha sido fracturada más de una vez, por ejemplo, en el discurso femenino ya en 1908, con la aparición de la *Revista de la Asociación de Costureras* (publicación feminista de propaganda emancipadora), cuyos 5 números pueden leerse hoy en internet (www.memoriachilena.cl) y, décadas después, con el subversivo y semiótico poema 'La bandera de Chile', lanzado por Elvira Hernández en medio del tiempo dictatorial (1981). En el intertanto, durante el siglo XX la expresión creadora de escritores y artistas ha ido generando fuentes instituyentes inéditas -discursos, obras de teatro, canciones- de imaginario social nacional, antagónicas a las impuestas por la fuerza o sancionadas por la historia oficial.

Una apretada síntesis de la percepción social que respecto al país han expresado sus más notables escritores la realizó Nicomedes Guzmán en su ya clásico *Autorretrato de Chile* (1957), en el cual se rescatan inéditas referencias a zonas a veces opacas del imaginario nacional. Entre ellas, en lo social, 'Epepeya del *roto chileno*' (O. Plath), 'Elogio de la *china*' (H. Jaramillo), 'La feria de Chillán' (A. Acevedo H.) y el restaurador 'Los Araucanos' (Samuel A. Lillo). En lo terrestre resaltan 'Mapas de Chile' (Luis E. Délano), 'Chile y la piedra' y 'El recado sobre el copihue chileno' (G. Mistral'), la 'Oda a la Araucaria' (P. Neruda) y el telúrico y austral 'De la Patagonia y Tierra del Fuego (F. Coloane).

El territorio nacional está integrado actualmente por su base continental (756.626 km²), por la Antártica (1.250.000 km²) y posesiones insulares (Isla de Pascua y Archipiélago Juan Fernández, y otras pequeñas, con 14.000 km²), es decir, posee sobre 2.000.000 de kilómetros cuadrados como superficie terrestre total (sin incluir espacios marítimo y aéreo). Su longitud continental es de 4.300 kms. y la de la Antártica es de 3.300 kms. Esto le concede una variedad inmensa de climas (desértico, templado, polar) y de hábitat (biodiversidad) y, por tanto, de recursos naturales, tanto renovables (flora, fauna terrestre y marina) como no renovables (minerales, agrícolas, hidrográficos, piscícolas, etc.). Su recurso más importante es el cobre, el cual ha recuperado su valor, alcanzando a la fecha cifras promedios superiores a US\$ 3.000 la libra, seguido por las exportaciones madereras, de salmón, vino, frutas... El PIB (2006) creció en un 4,2%, lejos, sin embargo, de los productos internos brutos que caracterizan a los llamados países desarrollados. Estas son cifras macroeconómicas, que favorecen a los empresarios y que, en definitiva y en concreto, de ellas no es beneficiario el pueblo mayoritario. A la fecha, casi el 40% de la renta nacional se la lleva el 10% más rico de la población, mientras un 27% aún se mantiene en la pobreza (La Tercera, 5 de septiembre, 2007: 5). Tal es el problema irresuelto en el país: la injusta distribución de la riqueza, en tanto el economicismo imperante ha descuidado el factor más precioso, su recurso no renovable: la población chilena, conformada por 15.116.235 habitantes (Censo 2002), en su mayoría joven y mestiza, y cuya tercera parte vive en la Región Metropolitana (6.276.128). La cifra global se cierra en 16.000.000, si consideramos al menos 800.000 chilenos actualmente residenciados en el exterior.

Las ocho etnias de su población indígena (692.192), representan aproximadamente un 5% del colectivo nacional, en su mayoría (87%) de ascendencia mapuche (604.349). Hoy, dos terceras partes de ellas (65%) habitan en las zonas urbanas, particularmente en la Región Metropolitana.

En Chile, el poder político ha sido secularmente ejercido por la oligarquía, con incorporación desde los inicios del siglo XX de las capas medias, aunque ha sido y es la clase económicamente pudiente la que ha dirigido el país, con la colaboración de los mandos, también clasistas, de las

Fuerzas Armadas. Esto ha marcado el sesgo elitista y discriminador con que el Estado novocentista ('portaliano') configurara una 'nación' aparentemente homogeneizada, excluyente de las diversidades étnicas, culturales, de género, de edad.

El primer y único reconocimiento de las culturas originarias lo hizo Bernardo O'Higgins, quien se consideraba 'compaisano' de Lautaro, al decretar que los indígenas "deben ser llamados ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado" (1819). Tras una amnesia de casi dos siglos, recién en la década de los 90' con el advenimiento de los gobiernos post-dictadura y la presión de los tratados internacionales se ha ido revirtiendo parcialmente la situación. Pero la exclusión de las diversidades fue amplia y larga por parte del Estado chileno. Sólo como muestra aludimos a la Constitución de 1833, la cual, en sólo dos artículos, determina la discriminación religiosa, de edad y de género, cultural y económica. En el 5º, establece que: "La religión de la República de Chile es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra" y en el 8º que "son ciudadanos activos con derechos a sufragio: veinticinco años... sabiendo leer y escribir... (con) una propiedad inmueble...". En el caso de la mujer, sólo el año 1949 logra el derecho a sufragio en elecciones nacionales, y en 1952 el de elegir al Presidente de la República.

Mariano Picón-Salas (1933) capta y describe bien lo que llama 'el contraste entre la historia popular y la oficial', describiendo así lo que se había incoado y consagrado durante el siglo XIX:

"El pueblo estaba, pues, ausente del drama. Portales calmó el pueblo, casi rural de su tiempo... ingenuo Juan Pueblo en que se juntaban alborozadamente las sangres de Castilla, Andalucía y Arauco... La clase dominante se había constituido una historia, verdadera crónica heráldica en que el derecho a la gloria y a la tradición se lo reservaban unas cuantas familias. El roto no podía leer tan severa historia y se entretuvo con los cuentos de Pedro Urdemales, con los corridos, con la leyenda de Manuel Rodríguez, que fue el héroe que había entendido mejor el alma de este pueblo... (pero) un sordo rumor irremediable va colmando el alma de este pueblo que es dentro del Estado chileno otra nacionalidad, otro Estado, aún sin forma, cuya historia, cuya economía, cuya moral no pueden medirse con la escala que sirve a las clases dominantes" (OS, 1962: 601-602).

Esta fractura de la 'nacionalidad' avizorada por Picón-Salas siguió vigente, con intentos de superarla a favor de las mayorías durante el siglo XX (1939, 1970) pero, con el Golpe Militar (1973-1990), todo vuelve a sus viejos carriles, de modo que hoy bien se puede detectar una doble existencia ciudadana: en la distribución económica, en la salud, en la educación, en la vivienda, en la calidad de vida. No es extraño, entonces, que constatemos la existencia de dos imaginarios (que hemos llamado 'ambivalencia de valores') respecto a la futura 'identidad chilena': la realizada y realizada por el neoliberalismo vigente, y la postulada por un proyecto distinto que propende hacia una democracia real, justa y equitativa

4.- ¿Y el futuro nacional?

Hemos pretendido bosquejar algunas de las múltiples raíces y expresiones etnoculturales que en complejo sincretismo han constituido las raíces y los ramajes del árbol identitario 'chileno', cuyo 'imaginario social' (Castoriadis, C.: 1989) está hoy en evidente crisis y problematización: por la globalización y mercantilización, por la injusta distribución del ingreso, por la problemática de los Derechos Humanos, por la disonancia entre los discursos y las prácticas de las elites, entre otras situaciones dilemáticas.

Esta conflictiva ambivalencia o confusión en su estatus identitario ha venido siendo diagnosticada y comunicada en el último tiempo por notables pensadores de lo nuestro a través de significativos ensayos. La imagen transmitida por algunos de ellos respecto a Chile es: de dudosa 'modernidad' (B. Subercaseaux, 1996), de 'mitología' (T. Moulian, 1997), de 'amnesia' (M. A. de la Parra, 1998), o de 'perplejidad' (A. Jocelyn-Holt, 1999).

Dado que una de las deficiencias más significativas en el proceso de construcción de la identidad nacional ha sido la crónica exclusión, cuando no amnesia, respecto a nuestras culturas originarias, creemos pertinente citar lo que escribe el historiador Jorge Pinto al respecto:

“Tristes y temerosos, en eso hemos concluido los chilenos, a pesar de la agresividad que en estos últimos años parece haber invadido a la sociedad chilena. Es el resultado de una larga historia de exclusión, avasallamiento, imitación y renuncia de lo propio, que nos ha impedido reconocer el conglomerado de identidades y subculturas que se reúnen en Chile, error que en lo posible deberíamos evitar en el futuro” (2000: 219).

Junto a los publicitados logros macroeconómicos y tímidos avances en la transición hacia la democracia, la porfiada realidad (de)muestra las consecuencias que el sistema económico vigente viene acarreado para el pueblo chileno, entre ellas: deuda externa de más de cuarenta y cinco mil millones de dólares (2005), concentración monopólica en el comercio (farmacias y supermercados, por ejemplo) y medios de comunicación (prensa, radio y TV, por ejemplo), injusta participación social de la riqueza y del conocimiento, gradual privatización de los sectores claves del desarrollo social, especialmente Educación y Salud, riesgosas tasas de desempleo, tráfico y drogadicción, problemas laborales, (in)seguridad ciudadana, maltrato y explotación infantil, el 50% de hijos nacidos fuera del matrimonio (madres solteras), antagonismo pobreza-jaguarismo, individualismo y consumismo compulsivo, deterioro de ecosistemas y su bio-diversidad, discriminaciones sectoriales múltiples, especialmente jóvenes, pobres, indígenas y mujeres. (Algunas descritas particularmente en los Informes PNUD 1998 y 2002, así como en múltiples encuestas, reportajes e informes, tanto nacionales como internacionales).⁷ El citado diagnóstico de Eduardo Galeano en el sentido de que la Historia la vienen haciendo ‘machos, ricos, blancos y militares’, se ratifica lamentable y diacrónicamente dada la forma como ha ido sucediendo ‘Chile’ en este telúrico y hermoso espacio situado entre su majestuosa Cordillera y su tranquilo mar.

Por ello, queremos redondear el mapa conceptual sobre nuestro proceso identitario, agregando que, como todo imaginario social, la identidad nacional se construye en el marco referencial de las ‘series temporales’: pasado, presente y futuro. De aquí la importancia de la toma de decisiones en el presente y del ‘imaginario’ prospectivo, tarea que debiera constituir el verdadero desafío con vistas al Bicentenario del año 2010, en el cual compete a los educadores un rol protagónico. Se trata de diseñar e implementar, con el concurso del pueblo chileno mayoritario y con el sólido soporte de una memoria histórica asumida colectivamente, un proyecto de país en el que su andamiaje ético y político lo constituyan los valores de una Democracia efectiva e inclusiva y de los Derechos Humanos. Una nación justa y unida en sus diversidades, en lo interno, y como diversa, situada en América Latina e integrada con el mundo en la forma señalada por José Martí, para “Nuestra América” (1891): “Injértese en nuestras Repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser nuestras Repúblicas”, sin caer en el solipsismo “del aldeano vanidoso que cree que el mundo entero es su aldea”.

5.- Notas

⁷ Este artículo constituye un rezago o complemento de anteriores aproximaciones a la temática identitaria nacional (Proyecto DIUMCE, FIBAS 04/05, 2005), especialmente las publicadas en la Revista Intramuros de la UMCE. Primero, en el N° 15, 2005, en cuanto a su ‘representación social’ (21-25), y luego en el Dossier ‘Identidad Nacional: imágenes de chilenidad’, contenido en el N° 16, 2005 (42-68). Otro aporte se encuentra en la revista Perspectivas Educativas, UMCE, N° 5, 2005: ‘Poesía, identidad nacional y educación: el aporte nerudiano’ (93-103).

¹ Ver Lenz, R., 1910: 282.

² En su apéndice final, Ercilla declara así su descripción de ‘Chile’: “Es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias, nómbrese Chile por un valle principal llamado así; fue sujeto al Inga rey del Perú, de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo que los españoles tuvieron noticias deste valle; y cuando entraron

en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile a toda la provincia hasta el Estrecho de Magallanes" (1977: 602). Sobre este tópico literario ver, entre otros, Fernández, M. (2004) y Favi, G. (2005).

³ Referente al tema intercultural y el aporte de Ricardo Latcham, y otros estudiosos de lo originario como Tomás Guevara, ver: Rubilar, L. 'Interculturalidad y Educación: una deuda histórica'. Intramuros. UMCE. 2002 (20-23).

⁴ Respecto al 'habla', ver especialmente: Medina, J.T., *Chilenismos...* (1928).

⁵ El experto en dialectología chilena fue el profesor del Instituto Pedagógico, Rodolfo Lenz (1940).

⁶ La reciente publicación de la encuesta CASEN 2006 no hace sino confirmar esta situación de inequidad socio-económica (La Nación, 7 de septiembre, 2007).

6.- Bibliografía

- Amunátegui, D. (1943). *Formación de la nacionalidad chilena*, Santiago, U. de Chile.
- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, FCE.
- Austin, R. (ed.) (2006). *Imperialismo cultural en América Latina: Historiografía y Praxis*, Santiago: CECATP.
- Bello, A. (1957). *Obras completas*, Tomo XIX, 'Temas de Historia y Geografía', Prólogo, 'Bello y la Historia'-M. Picón-Salas-, Caracas: MINEDUC. (1979) Obra literaria, Caracas, Ayachucho.
- Bengoa, J. (2000). *Historia del pueblo mapuche*, Santiago: Sur.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona: Tusquets.
- Cole, M. (1999). *Psicología cultural...*, Madrid: Morata.
- Delogu, I. (1979). "La Araucana en italiano", Revista *Araucaria de Chile*, N° 6, Madrid: Michay.
- De la Parra, M.(1998). *La mala memoria: historia personal del Chile contemporáneo*, Santiago, Planeta.
- Edwards, B., J. (1996). *El roto*, Santiago, Universitaria (15ª. Edición).
- Ercilla de, A. (1977). *La Araucana* (Est. Prel.: Solar, E.), Santiago: Fco. de Aguirre.
- Erikson, E. (1974). *Identidad, juventud y crisis*, Buenos Aires: Paidós.
- Favi, G. (2005). 'Identidad chilena: un discurso inacabado', en *ConTextos*, Santiago, UMCE, N° 13: 181-186.
- Fernández, M. (2004). *Grandes momentos de la literatura chilena*, Santiago: UMCE.
- Galeano, E. (1992). 'Apuntes sobre la memoria y el fuego', *El Urogallo*, N° 72, Madrid: 47-52.
- Grinberg, L. (1976). *Identidad y cambio*, Buenos Aires: Paidós.
- Guzmán, N. (ed.) (1957). *Autorretrato de Chile*, Santiago: Zig-Zag.
- Jocelyn-Holt, A. (1999). *El Chile perplejo...*, Santiago: Planeta.
- Larraín, J. (2002). *Identidad chilena*, Santiago: Lom.
- Lenz, R. (1910). *Diccionario etimológico*, Santiago: Universitaria.
- Lenz, R., otros (1940). *El español en Chile*, Universidad de Buenos Aires.
- Lipschutz, A. (1944). *El indoamericanismo y el problema racial de las Américas*, Santiago: Nascimento.
- Martí, J. (1975). 'Nuestra América'(1891), OC,VI, La Habana: Ciencias Sociales.
- Medina, J.T. (1928). *Chilenismos, apuntes lexicográficos*, Santiago: Universo.
- Moulian, T. (1997). *Chile, anatomía de un mito*, Santiago: Lom.
- Núñez de P. F. (1863). *Cautiverio feliz...*, 1673, Santiago: Imp. del Ferrocarril.
- Oroz, R. (1966). *La lengua castellana en Chile*, Santiago: Universitaria.

- Ovalle de, A. (1888). *Histórica relación del reino de Chile (1646)*, Santiago: Ercilla.
- Parra, R.-Pérez A. (1996). *La negra Ester*, Santiago: FCE.
- Parra, V. (1976). *Décimas*, Barcelona: Pomaire.
- Picón-Salas, M. (1962). *Obras selectas*, Caracas: Edime.
- Pinto, J.-Salazar, G. (1999). *Historia contemporánea de Chile (II)*, Santiago: LOM.
- Pinto, J. (2000). *De la inclusión a la exclusión (La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche)*, IDEA-USACH: Santiago.
- Plath, O. (1979). *Folklore chileno*, Santiago, Nascimento.
- Rosenblat, A. (1954). *El problema indígena y el mestizaje en América (II)*, Buenos Aires: Nova.
- Rubilar, L. (2000). 'Vínculos espaciales del constructo identitario latinoamericano', en Sidekum, A., *Integración y globalización: 61-78*, Brasil: Unisinos.
- (2002) 'Interculturalidad y educación, una deuda histórica', *Intramuros*, Santiago, UMCE: 20-23.
- (2003) *Psicobiografía de Pablo Neruda (identidad psicosocial y creación poética)*, Santiago: USACH.
- Salazar, J. (Coord.) (2001). *Identidades nacionales en América Latina*, Caracas: UCV.
- Subercaseaux S., B. (1996). *Chile, ¿un país moderno?*, Santiago, Edit. Zeta.
- Valdivia, P. de (1953). *Cartas (Introducción: Eyzaguirre, J.)*, Santiago: Pacífico.
- (1992) *Censo Poblacional (Chile)*, INE.
- (1998) *Desarrollo humano en Chile (Las paradojas de la modernización)*, Santiago: PNUD.
- (2002) *Desarrollo humano en Chile (Nosotros los chilenos: un desafío cultural)*, Santiago: PNUD.
- Censo Nacional de Población y Vivienda*, Santiago: INE.
- (2004) *Dimensión Histórica de Chile (Imaginario y Memoria histórica)*, N° 17/18, Años 2002-2003, Santiago: UMCE.
- Oses, D. (2004) <http://www.nuestro.cl>
- Valdés, M. (2005) <http://www.mapuche.cl>
<http://www.memoriachilena.cl>